



Una
biografía
para
el siglo XXI

HERNÁN CORTÉS

ESTEBAN MIRA CABALLOS

CRÍTICA

ESTEBAN MIRA CABALLOS

HERNÁN CORTÉS

Una biografía para el siglo XXI

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2021

Hernán Cortés. Una biografía para el siglo XXI
Esteban Mira Caballos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Esteban Mira Caballos, 2021

© de los mapas, Àlvar Salom

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-300-1

Depósito legal: B. 1.664-2021

2021. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

NI HÉROE NI VILLANO

El metelinense no ha dejado indiferente a nadie ni en vida ni después de su óbito. Ha sido uno de los personajes más admirados y a la vez más odiados de la historia. Para Bartolomé Bennassar fue el único conquistador al que se le puede considerar genial, por su capacidad para fascinar a miles de personas —especialmente a sus biógrafos—, a lo largo de cinco siglos.¹ Y lo cierto es que adeptos los ha habido en todos los rincones del planeta, lo mismo anglosajones que alemanes, israelitas, chinos o japoneses. Por citar un solo caso, en el primer cuarto del siglo xx, Oswald Spengler lo consideró un verdadero «héroe de la raza», que fue lo que a su juicio le empujó a conquistar inmensos territorios con un grupo muy reducido de hombres.² Para miles de personas encarna a un verdadero héroe civilizador, un auténtico profeta moderno que consiguió expandir el cristianismo a lo largo de varios miles de kilómetros cuadrados. En cambio, para otros, siguiendo al dominico padre Bartolomé de Las Casas, fue un ambicioso más que no dudó en destruir todo un imperio para conseguir sus fines. Estas dos visiones maniqueas, la del héroe y la del villano, siguen vigentes en el siglo xxi.³ De hecho, lleva décadas en el banquillo de los acusados, en un juicio popular masivo en el que, salvo alguna absolución esporádica, resulta siempre condenado. Y es que ambas interpretaciones, lo mismo la dorada que la negra, forman dos puntos opuestos y estereotipados de la realidad. ¿Símbolo o antisímbolo? ¿Héroe o villano? Esta ha sido siempre la cuestión.

EL PROHOMBRE

Durante siglos se ha admirado la conquista en el marco de una gesta mitificadora que señala a sus protagonistas como seres excepcionales. Unos elegidos por la providencia, como Cristóbal Colón, Hernán Cortés o Francisco Pizarro, que hicieron posible la «proeza» del descubrimiento, conquista y cristianización de todo un continente. Y muy en particular, el metelinense ha sido uno de los miembros protegidos por la leyenda apolo-gética y legitimadora, usando terminología de Miquel Izard.⁴

La conversión del personaje en un héroe legendario la inició el propio interesado en sus *Cartas de relación*.⁵ Fue él quien difundió la idea de que era un elegido para expandir la cristiandad y continuamente arengaba a sus hombres diciendo que, pese a que eran pocos, contaban con algo que los hacía invencibles, es decir, la ayuda de la providencia.⁶ Además, se presentó a sí mismo como un héroe de caballería, inspirándose en el *Amadís de Gaula* y en otros relatos caballerescos de ética ortodoxa, algo que obviamente no se ajustaba a la realidad.⁷ El ritual previo al combate era fundamental, se celebraba una misa, casi siempre oficiada por el mercenario fray Bartolomé de Olmedo, en la que se les absolvía a todos de sus pecados, al tiempo que les daba las bendiciones como ministro de Dios.⁸ Acto seguido, el metelinense aprovechaba la ocasión para lanzar su alocución, en la que reforzaba la moral de sus hombres justificando éticamente la guerra. Según decía, era justa porque su objetivo no era otro que expandir la cristiandad, contando para ello con el favor y la aprobación del Altísimo. En esas soflamas profería frases lapidarias que calaban en el sentimiento de sus hombres, muchos de los cuales soltaban lágrimas de emoción, reforzando la cohesión grupal. Por poner un ejemplo, antes de entrar en combate contra Pánfilo de Narváez, sobre la marcha, improvisó un discurso en el que incluyó una frase que podría atribuirse a un místico del Siglo de Oro: «La vida es breve, la muerte cierta, el bien vivir es bueno, pero el bien morir glorioso».⁹

Esta idea providencialista del metelinense la recogieron otros muchos autores, desde Francisco López de Gómara a Bernal Díaz del Castillo, pasando por Francisco Cervantes de Salazar. También fray Toribio de Benavente, Dorantes de Carranza, fray Gerónimo de Mendieta, Juan Suárez de Peralta, Agustín Dávila Padilla o Baltasar Gracián lo presentaron como un ser magnánimo, superior incluso a los héroes clásicos porque estuvo tocado por la mano de la providencia. Sin ir más lejos, Francisco de Quevedo lo ponderó como uno de esos grandes elegidos para expandir

la fe: «¿Quién sino Dios, cuya mano es miedo sobre todas las cosas, amparó a Cortés para que lograrse dichosos atrevimientos, cuyo premio fue todo un Nuevo Mundo?». ¹⁰ En esta misma línea, Lucio Marineo Sículo sostuvo de igual modo su carácter providencialista con el que superó ampliamente a héroes como Hércules, Jasón, Ulises, Alejandro Magno y Julio César. ¹¹ Incluso se arriesgó a decir —la Inquisición estaba siempre vigilante— que hizo más por la fe que los apóstoles, pues salvó a más almas de las garras de Satanás. ¹²

En el siglo XVIII, hubo numerosos escritores que continuaron ensalzando al superhombre, desde el padre Benito Feijoo a José Cadalso que, dada su formación militar, valoraba su capacidad estratégica, que, a su juicio, fue la base para la construcción de un imperio mayor que el romano. ¹³ Muy notable fue el grupo de escritores militares que en los siglos XVIII y XIX lo encumbraron, tratando de motivar y cohesionar a sus hombres, al tiempo que contrarrestaban los efectos de la leyenda negra. ¹⁴ Tampoco faltaron autores novohispanos, como el poeta Francisco Ruiz de León, autor de *Hernandia*, un poema heroico sobre sus hazañas, que superaban ampliamente a las realizadas por Alejandro Magno. ¹⁵

Pero lo más llamativo es que un buen número de historiadores contemporáneos, tanto americanos como españoles, han mantenido ideas similares, ponderándolo como el adalid de la cristiandad y de la civilización. ¹⁶ Todo ello ha provocado que su biografía esté llena de mitos, desde su propia descripción física a la quema de los buques en el puerto de Veracruz, pasando por sus extraordinarios conocimientos militares o su carácter mesiánico. Mera apología, pues fue solo un ser humano, un hombre de su tiempo, aunque eso sí, con un empuje verdaderamente singular. Es cierto que fue un triunfador, a diferencia de otros conquistadores, muy a pesar de los problemas y pleitos que le amargaron sus últimos años de vida. Pero su éxito no se debió a nada sobrenatural, sino a aspectos tan humanos como su gran optimismo —que nadie le puede negar—, sus habilidades diplomáticas —que en eso sí destacó— y, sobre todo, su suerte —que le acompañó a lo largo de gran parte de su existencia—. Y digo que fue un hombre afortunado porque salvó milagrosamente su vida en numerosas ocasiones, a saber: de recién nacido, cuando enfermó, sobreviviendo gracias a los desvelos de su nodriza. Décadas después, poco antes de firmar la paz con Tlaxcala, su hueste estaba tan desanimada que, a decir de los cronistas, si las hostilidades hubiesen durado unas semanas más, los propios españoles tenían clara su perdición total. Además, sabemos que en aquellos días estuvo enfermo de calenturas, de las que finalmente se recuperó. ¹⁷

También el huey tlatoani Moctezuma II pudo haberlo eliminado, pero su pasividad le salvó. Un temprano ataque en el área totonaca o de manera simultánea en el enfrentamiento con los tlaxcaltecas hubiese sido letal. También el nuevo tlatoani, Cuitlahuac, en la jornada de la Noche Triste —o de la Victoria, según se mire—, pudo haber acabado definitivamente con todos ellos si los hubiesen perseguido hasta el final. Y, por último, también los tlaxcaltecas tuvieron una nueva oportunidad de liquidarlos tras alcanzar su urbe, heridos y desmoralizados.¹⁸ Es cierto que estos también habían sufrido muchas bajas, pero no lo es menos que podían pensar que su alianza con los extranjeros fue un error que les estaba costando muy caro. Y tan delicada era la situación que el propio Cortés sospechó esa posible ruptura que al final no se materializó, probablemente porque las bajas tlaxcaltecas propiciaron en último término la solidaridad entre los derrotados.

Más fortuna aún tuvo en la conquista de Tenochtitlan en 1521, cuando su caballo se echó de cansancio y, estando acorralado, un tlaxcalteca lo ayudó, levantó al animal y le salvó literalmente la vida.¹⁹ Asimismo, su criado Cristóbal de Guzmán murió cuando le trataba de acercar un caballo, mientras que Cristóbal de Olea perdió también la vida quitándole de encima a un mexica.²⁰ Pero no fue, ni mucho menos, la última vez que estuvo prematuramente al borde del abismo. En la desgraciadísima expedición a las Hibueras (Honduras), iniciada en octubre de 1524, llegó muy enfermo, y estuvo muchos días con calenturas. Cuando Gonzalo de Sandoval y sus hombres se encontraron con él en Trujillo lo hallaron «tan flaco y triste que les dio lástima», e incluso supieron que le habían hecho unos hábitos de san Francisco para que, cuando llegase el momento, lo amortajasen.²¹ Y verdaderamente estuvo tan al cabo que él mismo creyó que había llegado al final de su existencia terrenal.²²

Asimismo, años después de la caída de Tenochtitlan, le aguijoneó un alacrán cuando visitaba sus cultivos de morera en Yautepec, dentro de lo que después sería el marquesado de Oaxaca, y estuvo una vez más al borde de expirar.²³ Parece que se encomendó a la Virgen de Guadalupe, por lo que en 1528 pasó por el monasterio extremeño para regalar varias alhajas, entre ellas el famoso alacrán de oro, con 43 esmeraldas «muy claras, grandes y hermosas» y cuatro perlas.²⁴ Se trataba de una verdadera obra de arte de artesanía indígena que desgraciadamente se encuentra, al menos desde el siglo XVIII, en paradero desconocido.²⁵ Era frecuente en los joyeros de las vírgenes que se fundieran piezas antiguas para fabricar otras nuevas y es posible que el alacrán indígena acabase fundido por no ajustarse al gus-

to europeo de la época.²⁶ Para colmo, algunos días después de donar la joya en Guadalupe, estando en Toledo, enfermó de gravedad hasta el punto de que el propio emperador lo fue a visitar a los pies de su lecho.²⁷

Asimismo, la expedición que encabezó al mar del Sur, en 1535, le costó nuevamente muchísimos esfuerzos y su nave estuvo a punto de zozobrar. Y, por último, en la jornada de Argel de 1541 casi parece ahogado, junto a dos de sus hijos, Luis y Martín el Mestizo, cuando el barco en el que viajaba naufragó a causa de una fuerte tormenta. Y el riesgo fue vital teniendo en cuenta que, al igual que la mayoría de las personas de su época, no sabía nadar.²⁸

Está claro que pudo haber fallecido de manera prematura, lo que hubiese modificado parcialmente el rumbo de los acontecimientos. Digo parcialmente porque creo que la ciudad lacustre hubiese caído con o sin Hernán Cortés, aunque puede que en otras circunstancias, con mayores tropiezos, con más dificultades y quizás tras más años de lucha armada.²⁹ Y no faltaban candidatos que, como el propio Cortés, aunaban empuje, inteligencia, constancia y ambición, como Gonzalo de Sandoval, Rodrigo de Bastidas, Francisco de Montejo o Cristóbal de Olid, por citar solo a algunos. Nadie puede olvidar que casi todas sus actuaciones, calificadas de genialidades, eran formas de proceder que tenían amplios precedentes en la Reconquista, en las exploraciones portuguesas del siglo xv, e incluso, más cercanamente en el tiempo, en la conquista de las islas Canarias y de las Grandes Antillas.

Empezando por el mito de la quema de sus naves en Veracruz, es una vieja idea sostenida durante siglos y que sorprendentemente ha sobrevivido en algunos casos hasta el siglo xxi.³⁰ Según Hugh Thomas, el error partió de Francisco Cervantes de Salazar, que en un documento leyó «quemando en vez de quebrando».³¹ Sin embargo, es posible que no fuese exactamente un desliz, sino un recurso para entroncarlo con héroes clásicos como Agatocles de Siracusa o el emperador romano Juliano el Apóstata.³² La fabulación de sus hagiógrafos hizo el resto, representando a Cortés con la tea en la mano, quemando sus buques. Entre esos autores destacan Dorantes de Carranza, Juan Suárez de Peralta, Pedro Fernández del Pulgar o, en el siglo xx, el marqués de Polavieja, quienes popularizaron este mito que ha perdurado hasta nuestros días.³³ Y sorprende porque algunos cronistas de la época y el mismísimo Cortés advirtieron de que no las quemó, sino que simplemente «dio con los barcos al través».³⁴ Otros cronistas defendieron esta misma idea usando ese mismo término o desguace, hundimiento o barrenado, nunca el de quema.³⁵ Por su parte, An-

drés de Tapia manifestó que los navíos estaban en tan malas condiciones que no eran aptos para navegar, por lo que fueron encallados en la costa para «romperlos porque se excuse el trabajo de sostenerlos».³⁶ Del mismo modo se mostró muy claro Francisco de Montejo cuando afirmó en La Coruña en 1520 que los navíos estaban tan viejos que no podrían emprender el viaje de regreso, a excepción de tres de ellos que, a juicio de los pilotos, estaban en mejor estado.³⁷ Concretamente, la nao de mayor porte, la *Santa María de la Concepción*, sirvió para trasladar a España, en 1519, a sus procuradores, Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarreiro, con informes y con el quinto del emperador. Los otros dos bergantines se quedaron «aderezados» en el puerto de Veracruz para suplir cualquier eventualidad que pudiese surgir.³⁸

Ahora, bien, ¿por qué los hundió? Se suele aducir que lo hizo para evitar que sus hombres diesen un paso atrás, y en parte era cierto, porque desde su rebelión solo le quedaba una huida hacia delante.³⁹ Sin embargo, había un motivo mucho más potente y bastante menos heroico: pretendía evitar, como ya hemos afirmado, que algunos aprovecharan la primera ocasión que se les presentase para retornar a Cuba e informar a Diego Velázquez de su defección.⁴⁰ Pero resulta obvio que esta explicación no era políticamente correcta, por lo que el mismo interesado se encargó de difundir el falso motivo.⁴¹ De hecho, poco antes de proceder a su desguace conoció la conspiración encabezada por Juan Escudero, Diego Cermeño, Gonzalo de Umbría y Bernardino de Coria, fieles al gobernador de Cuba, para hurtar uno de los bergantines y volver a Cuba. Descubierta la trama, ahorcó a los dos primeros y mandó azotar al tercero, al que le amputó los dedos de los pies, perdonando al resto.⁴² A continuación, los desguazó para evitar nuevos motines. Transcurría el mes de agosto de 1519. A Tzvetan Todorov le pareció una «decisión asombrosa» que indultara a casi todos,⁴³ sin embargo, a mí me parece que actuó de manera lógica, justificada y cabal si quería tener alguna posibilidad de éxito en esa arriesgada rebelión en la que se embarcó.

En definitiva, ni ardieron las naves, ni lo hizo valerosamente para cortar el retroceso. Pero, es más, aunque lo hubiese realizado por ese motivo tampoco habría constituido un hecho excepcional, pues existen decenas de precedentes que se remontan a la antigüedad y que llegan hasta los años previos a los sucesos de Veracruz.⁴⁴

En cuanto a su excepcional capacidad estratégica, se trata de un argumento repetido una y otra vez por la historiografía. El propio Bernal Díaz lo comparó con otros grandes genios militares, nada menos que con Ale-

jandro Magno, Julio César, Pompeyo, Aníbal y el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba.⁴⁵ Y dijo más aún: su prestigio en las Indias no era inferior al que gozaba el Gran Capitán en Castilla.⁴⁶ Sin embargo, aunque tuvo unas excepcionales dotes diplomáticas, nunca fue un estratega, ni contó con una formación marcial ni teórica ni práctica en los campos de batalla europeos. En general, tanto él como su hueste no eran más que un grupo de aventureros, con escasa formación militar, con reducida experiencia en el combate y sin habilidades bélicas especiales. Los miembros de su hueste con experiencia militar previa en la guerra de Granada o en las de Italia se pueden contar con los dedos de las manos. Entre ellos podemos citar a Francisco de Orozco, Benito Bejel, el artillero Francisco de Mesa, un tal Canillas y Andrés de la Tobilla, este último muy diestro en el uso de la pica.⁴⁷

Desde su más tierna juventud sus padres se empeñaron en que se convirtiera en un hombre de letras, enviándolo con ese fin a Salamanca. Cuando llegó a La Española, esta se encontraba totalmente «pacificada», por lo que no llegó a participar en acciones bélicas. En Cuba, la resistencia de los mansos taínos fue escasísima, y los hechos de armas, mínimos. ¿De dónde procedían entonces sus escasos conocimientos militares? Como veremos en páginas posteriores, por vía paterna, pues tanto su padre y sus tíos carnales como su abuelo habían tomado parte en las guerras castellanas durante el siglo xv. La vena militar le venía, pues, de familia. Era un niño de muy corta edad cuando capituló la capital nazarita, por lo que no pudo vivir en primera persona dichos acontecimientos, pero seguro que oyó hablar a sus ascendientes de aquella contienda que acabó con la derrota de los infieles.⁴⁸ Además, tuvo la suerte de que los pocos conocimientos que tenía de la vieja tradición militar castellana le fueron extremadamente útiles. No olvidemos que las estrategias de combate de la reconquista se mantuvieron a lo largo de la conquista, siendo esta una continuación de aquella. En el Nuevo Mundo lucharon huestes de raigambre medieval que en nada se parecían a esa infantería de piqueros y arcabuceros que triunfaban en Europa desde el primer cuarto del siglo xvi.⁴⁹ Y aunque algunos habían servido en Italia a las órdenes del Gran Capitán, eran ajenos a los grandes avances militares de su tiempo. De hecho, nunca lucharon Tercios en el continente americano, salvo alguna intervención esporádica muy posterior a la conquista.⁵⁰ Las huestes formaban un grupo absolutamente heterogéneo en el que había una minoría de soldados profesionales junto a aventureros, hidalgos, plebeyos, prófugos de la justicia, personas de color e incluso algunas mujeres.⁵¹ Conocemos el oficio de un

trece por ciento de ellos, y la mayoría eran artesanos, marineros, escribanos y solo unos pocos, militares.⁵²

Pero en general seguía usando la caballería y utilizando armas tan tradicionales como la torre de asalto o la catapulta. Este último artillugio lo usó en el asedio de Tenochtitlan para compensar la escasez de pólvora que hacía inoperante a la artillería y a los arcabuces. Fue el sevillano Antonio de Sotelo, que había combatido en Italia y tenía cierto prestigio entre la hueste, quien le propuso su construcción.⁵³ Cortés confió en él y le autorizó a ello. Una vez acabado lo transportaron a la plaza del mercado mientras los indios aliados, sorprendidos por tan aparatoso artillugio, amenazaban a los mexicas, diciéndoles que «los habíamos de matar a todos».⁵⁴ Sin embargo, fue mal diseñado por sus inexpertos constructores, que erraron en «la alineación del perno de lanzamiento».⁵⁵ Lo cierto es que el proyectil voló en vertical de forma que cayó encima del artillugio, inutilizándolo.⁵⁶ Según el propio metelinense, disimularon cuanto pudieron, intentando convencer a los asediados que lo retiraban porque, «movidos de compasión, no los queríamos acabar de matar».⁵⁷ Pero lo cierto es que después de lo ocurrido los españoles comenzaron a reñir entre sí, como culpándose unos a otros del espantoso ridículo.⁵⁸ En cuanto a la brillante idea de bloquear por tierra y por mar la ciudad de Tenochtitlan fue sugerida, como declaró Andrés de Tapia, por el carpintero de ribera Martín López.⁵⁹

Sorprende que en las ordenanzas militares, otorgadas en Tlaxcala el 20 de diciembre de 1520, estructurase eficazmente a sus hombres en compañías que a su vez se subdividían en cuadrillas de veinte hombres, al mando de un cuadrillero.⁶⁰ Asimismo, es obvia la relación que existe entre el cerco de más de dos meses de Tenochtitlan y los grandes asedios en la Baja Edad Media, como el de Toledo (1084-1085), que duró ocho meses, Zaragoza (1118) o Jaén (1246).⁶¹ Y, exactamente igual que en la Edad Media, el objetivo era aislar por completo a la urbe, para lo que realizaban incursiones de devastación muy similares a las talas que practicaban los cristianos en zonas musulmanas durante los últimos siglos de la reconquista.⁶² Del mismo modo, usaban en el asedio torres de asalto y catapultas, y realizaban incursiones similares a las efectuadas en el sitio de la capital mexicana.⁶³

Por lo demás, es cierto que algunas de sus victorias fueron muy llamativas porque infringió severas derrotas a ejércitos muy superiores en número. Pero ello se debió no a su excepcional capacidad estratégica, sino más bien a la ingenuidad táctica de los naturales. Caso evidente de lo que decimos fue la batalla de los llanos de Otumba, donde situaron al ci-

huacoatl en lo alto de una colina, con un vistoso y colorido penacho de plumas.⁶⁴ Le bastó a Cortés dirigirse hacia él, alancearlo y enarbolar el estandarte para que decenas de miles de indígenas huyeran en desbandada. Ni sus tácticas fueron originales ni ideó una nueva forma de hacer la guerra. Además, cometió errores tácticos como, por ejemplo, tomar Tenochtitlan al asalto, cuando bastaba con cercarla hasta que los defensores se rindieran por pura inanición. Esta decisión le costó no pocas bajas entre los suyos y un sufrimiento atroz para los asediados, incluida la destrucción de su ciudad.

Está claro que pese a la pericia táctica que le han atribuido algunos historiadores, escritores y militares, lo cierto es que no tuvo una formación militar, ni más graduación que la de capitán. Un grado que además le otorgaron sus hombres en Veracruz, siendo más cívico que militar, y, en cualquier caso, no fue capitán de un ejército, sino de una hueste. Así, cuando en 1541 tomó parte en la desastrosa campaña de Argel, los demás militares de graduación se negaron a aceptarlo en el consejo de guerra, dando por fracasada la empresa y desoyendo su opinión de que aún era factible la victoria. Y no lo aceptaron porque no lo consideraban un capitán de infantería y quizás también, como escribió Diego Suárez Montañés a finales del siglo xvi, porque sabían que nunca aceptaría una retirada.⁶⁵ Le dolió mucho dicha exclusión, bastante más que la pérdida de las esmeraldas de valor incalculable que llevaba.

Tampoco se consideró a sí mismo un militar, sino más bien un hombre de letras, con grandes dotes diplomáticas. Nada parecido al genio militar de Alejandro Magno, de Julio César, del Gran Capitán, o mucho después, de Napoleón Bonaparte. Pero, incluso, en el mismo siglo xvi hubo destacados capitanes, al servicio de la monarquía hispánica, que destacaron por su astucia y su ingenio militar. Entre ellos, el marqués de Pescara o Alejandro Farnesio, pasando por Hugo de Moncada, Fernando de Gonzaga y muy especialmente Antonio de Leyva, este último uno de los mejores militares de su tiempo. El primero de ellos, el marqués de Pescara, que se consideraba un discípulo de Julio César, fue un auténtico maestro en la táctica del asalto nocturno que diseñó una eficaz formación de arcabuceros que hicieron verdaderos estragos entre sus enemigos.⁶⁶ Muchos de ellos luchaban victoriosamente en Italia, mientras se asediaba la gran ciudad de Tenochtitlan. Y los enemigos mexicas, aunque muy superiores en número, no tenían ni un ápice de la capacidad de los altos mandos franceses, italianos o turcos. No obstante, Cortés supo rodearse de un grupo notable de capitanes, muchos de ellos con más experiencia militar que él,

a los que siempre consultaba antes de entrar en combate. Y es que, aunque no tuviese formación militar, no le faltaba ingenio y capacidad. La misma que demostró para derrotar a los mexicas con menos de un millar de españoles, aunque otros conquistadores hicieron machadas parecidas, incluso con muchos menos efectivos.⁶⁷ Y precisamente el hecho de que no tuviese formación ni experiencia militar previa es otro de los hechos sorprendentes de su biografía porque conocemos muy pocos ejemplos similares en la historia de personas ajenas al mundo castrense que alcanzasen tan sonadas victorias sobre enemigos tan superiores en número. Y por cierto, también se desempeñó como capitán de mar desde que partió de Cuba en 1519, sin tener más experiencia náutica que cualquier pasajero.⁶⁸

Se ha destacado su capacidad diplomática, así como su don de gentes. Y realmente debemos reconocer que se trató de su gran virtud, es decir, del rasgo más destacado de su personalidad. Tuvo siempre un enorme poder de seducción entre las huestes y una capacidad extraordinaria para utilizar a los aborígenes a su antojo. Siempre conseguía que todos hicieran piña hasta el punto de que, según Bernal Díaz, todos habrían puesto su vida en peligro por él.⁶⁹ Y aunque no tenía conocimientos militares su lucidez le permitió visualizar las estrategias claves para acabar con la imponente confederación mexicana. Desde poco después de desembarcar en la costa veracruzana se dio cuenta de que no disponía de fuerzas para derrotar a los mexicas. Por ello diseñó un plan para capturar al tlatoani, al tiempo que aumentaba sus fuerzas firmando pactos guatiaos o de amistad con los pueblos sometidos al imperio.⁷⁰ Se alegró sobremanera cuando supo que en aquella tierra había «unos señores enemigos de otros», lo que evidenciaba que Moctezuma no era tan fuerte y que era posible derrotarlo.⁷¹ Y se enteró nada más entrar en contacto con los totonacas, por lo que desde un principio entrevió la posibilidad de someterlos a vasallaje. Sin embargo, esta táctica de buscar alianzas es tan antigua como la guerra misma. Ya en la reconquista, los reinos cristianos mantenían unas habilidosas relaciones con las distintas taifas, aprovechándose de las disputas internas entre unas y otras. Pero había precedentes mucho más cercanos, tanto en el tiempo como en el espacio. Recuérdese, por ejemplo, en La Española, la alianza de Cristóbal Colón con el cacique Guacanagarí en la última década del siglo xv, para derrotar a los demás reyezuelos de la isla.

También debemos subrayar la habilidad psicológica de Cortés, pues supo captar la mentalidad de sus oponentes para luego manipularlos en su favor. Obviamente, desconocía los detalles de su cosmovisión, pero no tardó en percibir el tratamiento de dioses que muchos mexicas, y en especial

su líder, Moctezuma, les rendían. Y supo aprovecharse de manera inteligente, reforzando la idea de su divinidad, es decir, confirmando que se trataba efectivamente de Quetzalcoatl que retornaba a su reino.⁷² Bien es cierto que a los nativos esta creencia les duró poco, pues no tardaron en percatarse de que los españoles se comportaban como seres humanos, pues bebían, comían, enfermaban y morían como ellos.⁷³ Sin embargo, esta ocurrencia de seguirles la corriente le sirvió a Cortés en parte para entrar en Tenochtitlan de forma pacífica. A la larga ganó un precioso tiempo que fue fundamental para consumir su proyecto.⁷⁴ Pero, pese a su clarividencia, tampoco era nueva esta táctica de la que existen amplios precedentes en el área caribeña, mucho antes de la conquista de México. De la misma manera, su recurrente decisión de aterrorizarlos con disparos de bombardas era una práctica ampliamente usada desde la llegada de los europeos al Nuevo Mundo. En este sentido, escribió Pedro Mártir de Anglería que el primer almirante ordenó disparar bombardas a los taínos, pero sin hacer diana deliberadamente, para que se sobrecogiesen y se sometiesen. Cortés, cada vez que llegaban embajadores del tlatoani, improvisaba un teatro al aire libre en el que lo mismo hacía trotar a un grupo de caballos repletos de cascabeles que les ponía la aterradora sinfonía de la artillería. En una ocasión incluso les hizo creer a los de Tabasco que las piezas de artillería tomaban decisiones propias. En concreto, les dijo que estaban enojadas con sus reiteradas traiciones y secretamente le puso fuego a una de ellas con tal estruendo que los caciques les trajeron presentes y sellaron la paz.⁷⁵ Una verdadera contienda psicológica que no era nueva y de la que también hacían uso los propios mexicas con sus gritos y alaridos.

También se ha destacado su meritorio interés por buscar lenguas o intérpretes desde su misma partida de Cuba para solucionar el problema de la incomunicación. Sin embargo, la idea no era original, pues se trataba de una vieja práctica conocida desde la época clásica. De hecho, los romanos usaron intérpretes de manera sistemática, al igual que los portugueses en su expansión por las costas africanas a lo largo del siglo xv.⁷⁶ Y por supuesto en el Nuevo Mundo se utilizaron desde tiempos del primer almirante, y lo mismo Francisco Pizarro que Hernando de Soto o Pedro de Valdivia se valieron de ellos para facilitar el entendimiento. Asimismo, en las propias instrucciones que Diego Velázquez le entregó en 1518 figuraba la necesidad de encontrar intérpretes.⁷⁷

Lo que es innegable es que Cortés fue un incansable combatiente que aunó al menos dos de las tres virtudes que las *Siete Partidas* señalaban como cualidades esenciales de todo buen capitán, es decir, sentido común

y una gran capacidad de sacrificio.⁷⁸ Los nativos se resistieron, pero, como analizaremos más adelante, las diferencias eran abismales, no solo psicológicas y estratégicas, sino también armamentísticas. Eso sí, durante mucho tiempo los mexicas confiaron en el gran poder de algunos de sus líderes semidivinos, como el temido y a la vez admirado tlatoani Moctezuma. De hecho, el monarca tenía fama de ser una persona muy espiritual, que confiaba en sus dioses, y también un gran lector, pues pasaba horas leyendo códices nahuatl.⁷⁹ Sin embargo, para desgracia y desánimo de sus súbditos, el miedo o la excesiva precaución lo atenazaron, siendo el único que tenía el poder suficiente como para frenar la ocupación, al menos temporalmente.

Por último, se ha subrayado el carácter mesiánico de Cortés: se ha considerado que era un elegido de Dios para dirigir la cruzada contra los paganos y ampliar los dominios de la cristiandad. Por su parte, el primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, O. F. M., en 1529, justificó su rebeldía con respecto a Velázquez diciendo que actuó bajo inspiración divina, una idea que reiteraron después fray Gerónimo de Mendieta, fray Juan de Torquemada y Carlos de Sigüenza, entre otros.⁸⁰ Estaba claro que cuando Hernán Cortés aludía al servicio a Dios y al emperador, una idea de honda raigambre medieval, trataba de justificar sus actuaciones al tiempo que concienciaba al grupo de que luchaban por algo justo.

Esta idea del mesianismo cortesiano se ha mantenido a lo largo de los siglos, casi hasta la actualidad. En 1794, fray Servando Teresa de Mier, precursor de la independencia de la Nueva España, en una homilía por el alma del metelinense, lo elogió por haber «destruido la idolatría, los sacrificios humanos sangrientos y traído y comunicado la luz del evangelio a los que moraban en las tinieblas de Egipto».⁸¹ Más sorprendente aún es que investigadores contemporáneos como William H. Prescott en el siglo XIX o Manuel Giménez Fernández, ilustre historiador y político sevillano en el XX, sostuviesen que fue «un elegido por la providencia para cumplir altos fines».⁸² Pero aunque lo jurara él mismo, la realidad no era tan digna y altruista, pues de hecho se convirtió en una de las personas más ricas de su época.

Más recientemente, se ha hablado de su caridad «heroica», básicamente porque fundó el hospital de Nuestra Señora de la Concepción de México, en una fecha indeterminada comprendida entre 1522 y 1524.⁸³ El 16 de abril de 1529 consiguió, por mediación de Juan de Rada, que el papa Clemente VII le otorgase el patronazgo perpetuo de dicho hospicio.⁸⁴ Sin embargo, esta actitud no tenía nada de excepcional, pues al erigir el citado

sanatorio no hizo más que mimetizar el comportamiento de los más pudientes de su época. Una caridad que se suponía era una virtud cristiana que debían practicar los nobles, los burgueses ricos y, sobre todo, el estamento eclesiástico, al que se le suponía una especial humanidad. Esta caridad cristiana se canalizaba, por un lado, de manera informal, a través de las limosnas que decenas de pedigüeños obtenían a las puertas de las iglesias o en los espacios más concurridos de cada localidad. Y por el otro, mediante la fundación de una obra pía en la que, casi siempre a través de un testamento, se dejaba un capital para invertirlo en rentas con las que afrontar alguna mejora social. Las obras pías eran de muy diversos tipos: de redención de cautivos, de dotación de doncellas huérfanas para el matrimonio o su profesión como monjas, de escolarización de pobres, de enterramiento de presos o de hospitalización de enfermos.⁸⁵ La beneficencia de los ricos es una constante en la historia que se ha prolongado prácticamente hasta nuestros días. Bien es cierto que su fundación, al haberse mantenido ¡hasta el siglo XXI!, constituye una muestra excepcional de la presencia de la obra cortesiana en nuestros días.

Tampoco se le puede considerar, como se ha escrito, un «bienhechor de indios», a los que supuestamente «tuteló y amparó».⁸⁶ Su actitud compasiva distó mucho de parecerse a la de un fraile, como Bartolomé de Las Casas, o a la de un pacifista, como Erasmo de Róterdam, entre otras cosas porque de haber sido así nunca hubiese conquistado un imperio. Como veremos a continuación, cuando debió actuar con extrema dureza, lo hizo.

EL VILLANO

Es cierto que su figura ha sido tan ensalzada por una parte de la historiografía como denostada por la otra. El padre fray Bartolomé de Las Casas, O. P., que no tuvo una buena opinión de él, como de casi ningún conquistador, afirma que, al igual que los demás, exhibió un afán desmedido de enriquecimiento. Y para ello no dudó en rebelarse contra Diego Velázquez de quien «se alzó, despojó y robó» sin mostrar nunca deseos de restitución.⁸⁷ Y es que —continúa el dominico— su verdadero objetivo nunca fue ganar almas para la cristiandad, sino enriquecerse a costa de unos naturales que «estaban quietos en sus casas».⁸⁸ Y el acucioso fraile terminó afirmando que solo después de robar mucho oro y de conquistar aquellas naciones consiguió su objetivo de ganar un marquesado, el del Valle de Oaxaca.⁸⁹ Queda bien claro que si la leyenda rosa cortesiana partió de

López de Gómara y del propio interesado, la negra tuvo su origen en los escritos del fraile dominico.

Ya en el siglo XVIII, el exjesuita francés Guillaume Thomas Raynal se propuso, en su *Historia de las Indias*, desmitificar la gesta cortesiana, minusvalorando el poderío del imperio que subyugó.⁹⁰ Para este religioso, los mexicas no eran tan poderosos ni estaban bien organizados, por lo que la empresa del extremeño distó mucho de ser una gesta. Entre los intelectuales españoles son muy pocos los que se opusieron a los postulados hagiográficos dominantes. Uno de los críticos más agudos fue el político republicano Francisco Pi y Margall, que describió la conquista como una descomunal campaña de pillaje. En relación con Cortés, destacó su crueldad, especialmente notable en la matanza de Cholula, la misma que en la actualidad Matthew Restall atribuye a la iniciativa tlaxcalteca.⁹¹

Sin embargo, en la historiografía mexicana contemporánea apareció una fuerte corriente crítica que le atribuía los peores calificativos. Una actitud típica de los fundadores de la República de México, que fundamentaban su legitimidad en oposición a lo español.⁹² Huelga decir en cualquier caso que el concepto de crueldad ha variado en el tiempo y que torturas como la de Cuauhtemoc o matanzas como la de Cholula que hoy nos sobrecogen no escandalizaban en absoluto.⁹³

Todavía en pleno siglo XXI su figura sigue despertando pasiones encontradas. Pero lo cierto es que ni fue un caballero andante ni un santo, sino ni más ni menos que un conquistador. Una persona con las mismas virtudes y defectos que la mayor parte de las personas de su época. Un conquistador con suerte y con empuje, pero a fin de cuentas un conquistador, con sus éxitos y sus fracasos. Un hombre que sabía reír y también llorar. De hecho, era una persona pasional, de mucho ánimo, de amplia sonrisa, pero también de lágrima fácil.⁹⁴ Son varios los cronistas, especialmente Bernal Díaz, que recalcan estos sollozos, pero no para ridiculizarlo, sino para destacar su lado más humano, comparable a otros héroes que también lloraban, como el Cid o Amadís de Gaula.⁹⁵ También le gustaban, como al que más, la diversión, el trato con mujeres y el juego, pues, según López de Gómara, era muy diestro jugando a los dados.

Fue compasivo o cruel, dependiendo de las circunstancias. Así, en agosto de 1519, mandó cortar las manos a varias decenas de mujeres tlaxcaltecas —y a otras, los pulgares— que, con la excusa de llevarles comida, se habían introducido en el campamento para espiarlos. A continuación, las soltaron para que llevaran el mensaje de terror al desafiante Xicotencatl, que desde entonces «perdió el brío y la soberbia».⁹⁶

En septiembre de 1520 realizó una brutal campaña de escarmiento en la región de Tepeaca, por haber colaborado con los mexicas, purgando con ellos la desazón de la derrota en la Noche Triste, también llamada Tenebrosa. Asimismo, en febrero de 1521, actuó de una forma tan interesada, cruel y poco cristiana que sorprende conociendo su personalidad. El capitán Gonzalo de Sandoval le preguntó qué debía hacer si los indios de Calpulalpan, entre Tlaxcala y Texcoco, le recibían de paz, y su respuesta no pudo ser más clara: que aunque les recibiesen en paz los debía matar.⁹⁷ No fue necesario cometer semejante atropello porque afortunadamente para él se los encontró en pie de guerra. Para las huestes era una gran satisfacción encontrar a los naturales alzados, pues así se evitaban el problema de tener que provocarla.⁹⁸ Hubo «causa justa» para masacrar a más de tres mil almas y, de paso, prender como esclavos a otros tantos. De esta forma Cortés conseguía varios objetivos al mismo tiempo, someter el territorio, disuadir a otros pueblos de posibles alzamientos, y obtener un buen botín con el que pagar servicios de guerra.

Asimismo, la toma de Tenochtitlan fue dura y despiadada pese a que, según algunos cronistas, intentó evitar un ensañamiento de los tlaxcaltecas. Se trató de un asalto a una de las ciudades más populosas de su tiempo, cuya resistencia fue suicida. Mujeres, niños, ancianos y lisiados colaboraron, acopiando y preparando piedras para las hondas que disparaban los hombres. Un cerco que duró poco menos de tres meses, bien defendida por Cuauhtemoc un caudillo que resistió hasta el último momento. El enfrentamiento fue tan desigual que, frente al medio centenar de bajas hispanas y algunos cientos de aliados, murieron del lado mexica varias decenas de miles de personas, de todas las edades y de ambos sexos.⁹⁹

Pero su dureza con los naturales no acabó con la caída del quinto sol mexica. Así, cuando los naturales de Pánuco se rebelaron, pensando —dice el propio Cortés— que él retornaba a Castilla, no dudó en ahorcar a los cabecillas y herrar a doscientas personas que se vendieron en pública almoneda.¹⁰⁰ Claro está que estas decisiones implicaban el uso puntual de medidas drásticas para garantizar una fidelidad duradera. Y acabada la conquista, establecido ya como empresario, hacendado y encomendero, tampoco dispensó un trato especialmente compasivo a los naturales. Aunque promulgó unas ordenanzas defendiendo su buen tratamiento, él mismo fue acusado de hacer lo contrario. De hecho, en 1533 los nativos de Cuernavaca,¹⁰¹ en el actual estado mexicano de Morelos, le imputaron un delito de malos tratos reiterados así como de cobrarles excesivos tributos y hasta servicios personales. Se les solicitaba una tributación tan elevada

que los caciques del lugar decían que el marqués no los trataba «como a vasallos sino como a esclavos». ¹⁰² También Alonso de Zorita escribió que obligaba a los señores de su marquesado a entregarle esclavos, que empleaba en la construcción de sus palacios en México y en las minas, muriendo muchos de ellos. ¹⁰³ De la misma manera, en el inventario de sus bienes, que se realizó en Cuernavaca el 26 de agosto de 1549, se contabilizaron 188 indios esclavos, una veintena de ellos naturales de Tlaxcala. ¹⁰⁴ Está claro que no tuvo reparos en practicar el tráfico esclavista cuando las necesidades de mano de obra le apremiaron. De hecho, en 1542, suscribió un contrato con el mercader genovés Leonardo Lomellino para que le remitiese desde Cabo Verde medio millar de aherrojados que pretendía vender en Nueva España a 66 ducados la pieza. Como casi todas las personas de su época, aceptó la esclavitud como una institución legal y hasta legítima.

Fue también sumamente implacable con los paganos que no querían aceptar las aguas del bautismo. Es bien sabido que, cuando entró en Coyoacan —actualmente integrada en Ciudad de México—, derribó el templo y, dado que un mexica principal se resistió, lo mandó ahorcar «con los diablos a cuestras». ¹⁰⁵ También infringió durísimos escarmientos a los rebeldes, como hizo en 1523 con los nativos de Pánuco que habían acometido previamente a los hombres de Francisco de Garay. En respuesta a tal atrevimiento, el metelinense envió a su capitán Gonzalo de Sandoval para que castigase a los responsables. Perdieron la vida varios cientos de naturales, despedazándolos después de tal forma que los demás indios se sometieron. Pero no contento con ello, su fiel amigo Sandoval reclutó a sesenta caciques de otras tantas aldeas y a sus respectivos hijos y los remitió a su paisano. Este los quemó a todos en presencia de sus sobrecogidos vástagos. Luego, dejó marchar a estos últimos, una vez que aceptaron resignados el pago de un tributo anual.

A veces también sabía actuar severamente con sus propios hombres. Así, por ejemplo, en una ocasión vio cómo uno de sus soldados, Alonso de Mora, natural de Ciudad Rodrigo, robaba dos gallinas y lo quiso ahorcar, impidiéndoselo Pedro de Alvarado, que cortó a tiempo la soga del infortunado. ¹⁰⁶ En 1520, cuando la guerra con los tlaxcaltecas, se durmieron dos soldados que debían hacer guardia de noche y el metelinense no dudó en mandarlos azotar. ¹⁰⁷ También era implacable con los cobardes y así se lo reprochó a Juan Páez, que estaba en Tlaxcala con ochenta hombres y no acudió en su auxilio en la jornada de la Noche Triste, pese a estar informado de lo que ocurría. Según las crónicas, se lo «riñó bravamente y con

ásperas palabras», diciéndole que era un cobarde y que no merecía ser capitán, no ya de españoles, sino ni tan siquiera de liebres.¹⁰⁸ Tampoco le tembló la mano en 1521 cuando decretó la horca para Antonio de Villafañá, quien había protagonizado un levantamiento contra él con la intención de colocar en su lugar a Francisco Verdugo, cuñado del teniente de gobernador Diego Velázquez.¹⁰⁹ Y finalmente, por citar un último caso, en 1523 supo que un enviado por Pedro de Alvarado había hurtado cierta cantidad de oro y mandó azotarlo en público para después desterrarlo de la Nueva España.¹¹⁰ Y es que cuando se trataba de su dinero, su margen de tolerancia era muy reducido.

Como podemos observar, no fue un ser de dotes sobrenaturales ni un mesías, sino ni más ni menos que un excepcional guerrero y empresario de su tiempo, falible, interesado y voluble como todo lo humano. Unas actitudes que habrá que entenderlas en su contexto histórico; estaba inmerso en ese cristianismo intransigente que desde finales de la Baja Edad Media había llevado al exilio a todas aquellas personas que profesaban otros credos. También en ese sentido, como en todo lo demás, fue un hijo de su tiempo. Su figura hay que valorarla más allá de conceptos simplistas como la bondad o la maldad y destacar lo que realmente aportó, pues su legado contribuyó a cambiar el mundo.¹¹¹

LA CONSTRUCCIÓN DEL MITO

El mayor atributo de Hernán Cortés, como sostuvo Salvador de Madariaga hace varias décadas, fue su genialidad política.¹¹² Sus dotes diplomáticas, su capacidad de seducción y su visión de futuro iniciaron la forja de un mito que ha tergiversado la realidad. Poseía una elocuencia que era capaz de convencer a todos con sus escritos, alocuciones, discursos y alegatos.¹¹³ La fascinación que el personaje ha ejercido ha sido tal que no ha dejado indiferente a casi nadie. Ello impide el acercamiento a la persona, de manera que muchas de sus actuaciones, calificadas de genialidades, eran en realidad, como vimos en páginas precedentes, formas de proceder de amplia raigambre histórica.

Sus aspiraciones fueron cambiando a medida que sus circunstancias evolucionaban. Es bien sabida la respuesta que le dio a un secretario del gobernador de La Española cuando le ofreció baldíos: «Yo no vine acá a cultivar la tierra como gañán, sino para buscar oro».¹¹⁴ Su primera idea fue, como todos los demás, enriquecerse, algo que no logró en La Españo-

la pero sí en la vecina isla de Cuba. Sin embargo, tras llegar a Veracruz, teniendo ya noticias fidedignas de la gran confederación mexicana, sus planes cambiaron; ya no se conformaba solo con riquezas, sino que quería honor y gloria. Huelga decir que desde ese momento todo cambió, pues desde entonces la América continental tomó el protagonismo en detrimento del área antillana, especialmente de La Española, que nunca volvió a ser lo que era. Lo cierto es que el metelinense comenzó otra batalla paralela a la bélica, la dialéctica, con la que pretendía, por un lado, justificar sus actos y, por el otro, ensalzar sus hazañas ante el emperador, el papa y el mundo. En su *Segunda carta de relación* llegó a sugerir a Carlos V que se erigiese en emperador de aquellas tierras, lo cual —decía— no sería menos meritorio que la Corona Imperial de Alemania.¹¹⁵ Y es que muchos de los conquistadores tuvieron conciencia de las proezas que protagonizaban, lo que les empujaba lo mismo a tomar posesión de un valle que de un océano, como hizo Vasco Núñez de Balboa en 1513.

Sin duda, Cortés pensó en su reputación presente y en la futura, por lo que se encargó personalmente de crear su propio mito y de perpetuarlo. Estaba convencido de que su gesta no fue menos memorable que la de sus admirados Alejandro Magno o Julio César. De hecho, en la introducción a las *Cartas* impresas en latín en 1524 ya se le comparaba precisamente con Alejandro Magno y con Aníbal.¹¹⁶ También Bernal Díaz lo comparaba con el macedonio Alejandro Magno, pero el propio metelinense se identificaba más, a juzgar por sus propios escritos, con Julio César.¹¹⁷ Es probable que conociese la obra de este desde su estancia en Salamanca, pero, en cualquier caso, este era por aquel entonces casi una leyenda popular, por lo que no hacía falta haberlo leído para admirarlo.¹¹⁸

Después de la caída de Tenochtitlan, se dedicó por igual a sus empresas en el mar del Sur y a la forja de su leyenda. Para ello usó todos los instrumentos a su alcance; lo mismo enviaba emisarios a España con sus misivas que acudía en persona a la corte, siempre bien provisto de numerario para ganar más fácilmente la voluntad del más escéptico.¹¹⁹ Pero el arma más poderosa en ese proceso de construcción del mito fue su pluma, es decir, sus *Cartas de relación*, una obra de gran valor histórico y literario.¹²⁰ Estas se consideran su obra cumbre, mucho más que un relato de su gesta, por su estilo sobrio, equilibrado y ecuánime.¹²¹ Se trata de cinco extensas misivas dirigidas a Carlos V, aunque la primera está perdida, por lo que se suele publicar en su lugar la carta del cabildo de Veracruz del 10 de julio de 1519.¹²² Esta última es un alegato que justifica su decisión de romper con el gobernador de Cuba, a quien se presenta como una persona

oscura, cegada por la codicia, frente a él, que encarnaba al garante de los intereses del papa y del emperador.¹²³ Obviamente, a nadie extraña que en ellas, y de manera deliberada, reivindique su propio yo, omitiendo hechos y nombres propios, gestas ajenas y decisiones cuestionables.¹²⁴ Algo de lo que fueron conscientes sus propios contemporáneos; de hecho, Gonzalo Fernández de Oviedo aludió a la sagacidad del metelinense para «novelar y traer a su propósito confabulaciones», siempre en beneficio propio.¹²⁵

Que sus *Cartas de relación* están en el origen del mito es algo bien sabido, lo que se discute es si fue realmente este su propósito.¹²⁶ A mi juicio, es probable que esta intencionalidad pueda retrotraerse a 1519, aunque sí que está totalmente clara en sus últimos años en España. Lo cierto es que sus textos causaron un gran impacto porque era la primera vez que un lector occidental tenía noticias de la existencia de una gran civilización en el Nuevo Mundo.¹²⁷ Y consiguió su objetivo, pues ya en vida, a pesar de sus lamentos y estrecheces económicas, fue ensalzado casi como un semidiós.¹²⁸ En sus famosas epístolas destaca de sí mismo tres cualidades, casi sobrenaturales.

En primer lugar, su heroísmo militar, su arrojo en la batalla, encabezando siempre a sus hombres en las actuaciones más peligrosas.¹²⁹ Y por supuesto, señala muy especialmente su genialidad táctica a lo largo de toda la contienda, desde la batalla de Centla hasta el cerco final de Tenochtitlan.¹³⁰ Ahora bien, de manera interesada no disminuye la bizarria de sus oponentes para no empequeñecer sus victorias, de forma que por mucho daño que recibían los defensores de la capital mexicana «no dejaban de seguirnos hasta vernos fuera de la ciudad».¹³¹ Emulando a Julio César y su *Guerra de las Galias*, consiguió que todos le viesan como un héroe.¹³² Obviamente, ni cita a su hueste, algo que le reprochará décadas después Bernal Díaz del Castillo, ni tampoco a la notabilísima participación indígena.¹³³

En segundo lugar, muestra su empatía y comprensión con los naturales, así como su carácter pactista. Él mismo subraya su intención de pactar a toda costa antes que hacer la guerra, por lo que plantea la matanza de Cholula como defensiva o señala sus intentos para evitar la destrucción de la capital mexicana. Asimismo, destaca sus alianzas con los naturales, a sabiendas de que esa fue una de las principales claves de su éxito sobre la Triple Alianza.¹³⁴ Concretamente, en la tercera carta alude a los pueblos ribereños del lago Texcoco, como Xochimilco, que eran —dice él— esclavos de los mexicanos y que se sumaron a su ofensiva.¹³⁵ Incluso en sus cartas cuarta y quinta se presenta como un verdadero protector de los naturales, por su

capacidad para alcanzar acuerdos que evitaban, una vez tras otra, guerras y represalias.¹³⁶

Y en tercer lugar, se muestra providencialista, un elegido para expandir la cristiandad por territorios ignotos.¹³⁷ Son reiteradas las alusiones a la voluntad del Altísimo y a su continua ayuda, tratando de evidenciar el carácter sagrado de su empresa. Todo el proceso conquistador se justificaba por un designio divino que había recibido para llevar la luz del cristianismo a los pueblos paganos. Citaremos solo algunos ejemplos: ya en la primera batalla ocurrida poco después del desembarco en Veracruz afirma que se ganó más «por la voluntad de Dios» que por nuestras fuerzas.¹³⁸ También, en su quinta carta de relación, redactada en septiembre de 1526, destaca sus esfuerzos por atraer a los naturales a la luz del cristianismo, anticipando la erección de una nueva iglesia en aquellos inmensos territorios antaño paganos.¹³⁹ Y por supuesto, tras la caída de Tenochtitlan, solicita el envío de franciscanos para cumplir la gran misión que tienen encomendada el emperador y, por delegación de este, él mismo.¹⁴⁰ Lo cierto es que esta idea providencialista que, como hemos visto, parte del propio interesado, se repetirá y ampliará de manera reiterada por cronistas e historiadores posteriores. Por su parte, Bernardo de Vargas Machuca quedó convencido de que el metelinense estuvo guiado en todo momento por la mano de la providencia, sin la cual nunca hubiese conquistado México.¹⁴¹ En su tiempo fue visto como un nuevo Moisés, fundador de un nuevo catolicismo más allá del océano, compensando el traumático avance de la Reforma en Europa.¹⁴²

Pero tiene otros muchos escritos, como las tres cartas de agravios dirigidas al emperador, entre 1542 y 1544, o su propio testamento de 1547, que forman parte del proceso de creación de su propia imagen.¹⁴³ Como ya hemos afirmado, tras tomar la ciudad de los lagos, fundó el hospital de la Purísima Concepción, después conocido como de Jesús Nazareno, para el que consiguió bulas papales en 1529. Pues bien, el papa Clemente VII en ese documento se hizo eco de unas palabras que seguramente le insinuó el propio metelinense: la cantidad de tierras incógnitas que había sometido, con «el auxilio divino».¹⁴⁴

Sus epístolas fueron prohibidas en 1527 por las gestiones de Pánfilo de Narváez, quien se sentía agraviado por su derrota en Veracruz.¹⁴⁵ Y su propuesta tuvo una buena acogida por los recelos de los consejeros del emperador, que veían un peligro en la heroización del conquistador.¹⁴⁶ En cualquier caso, aunque no volvieron a reeditarse en España hasta 1749, su texto siguió circulando, gracias a dos circunstancias: primera, a través de

las ediciones europeas, que fueron todo un éxito, especialmente la de 1550, que supuso el punto culminante de su heroización.¹⁴⁷ Y segunda, porque fueron usadas y a veces hasta copiadas por otros muchos cronistas, historiadores y escritores, como Francisco López de Gómara, Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Paulo Jovio o Antonio de Solís.¹⁴⁸ De manera que incluso después de prohibidas se podían leer de manera indirecta en las obras de muchos de estos autores.

Cuando regresó a España en 1540, convencido de que sus derechos políticos jamás le serían devueltos, continuó con su idea de la trascendencia. Nunca se conformó con ser una de las personas más acaudaladas de su tiempo, ni con la administración de su fortuna y de sus empresas.¹⁴⁹ A sabiendas de que la batalla por el poder político estaba perdida, se centró en ganar su última contienda, la de la posteridad. Para ello mantuvo una intensa actividad cultural y social; su objetivo era doble: uno, pactar los matrimonios de sus vástagos con personas de alto linaje para asegurarse el encumbramiento de su estirpe. Y otro, consolidar su imagen legendaria, para lo cual contó con los servicios de Francisco López de Gómara, quien redactó, como luego veremos, lo que hoy llamaríamos una biografía autorizada. Sin duda, pensaba en la posteridad, asumiendo las palabras escritas por don Juan Manuel en el siglo XIV: «murió el hombre, más no su nombre».¹⁵⁰ La gran batalla de su vida fue la lucha por la eternidad, que finalmente ganó.

Está claro que le obsesionaba su propia trascendencia, pero no estaba loco o al menos no tanto como para ser el autor de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. Hace pocos años, el prestigioso hispanista francés Christian Duverger publicó su *Crónica de la eternidad*, en la que atribuía al metelinense la autoría de esta obra que, a su juicio, redactó durante su estancia en Valladolid, entre 1543 y 1545.¹⁵¹ Mientras por la mañana despachaba asuntos legales y ayudaba a Francisco López de Gómara en su propia hagiografía, por la noche, en secreto, se pasaba las horas redactando una segunda crónica, inicialmente pensada como anónima. Y ello —siempre siguiendo al hispanista francés— por la prohibición de la publicación de sus *Cartas de relación* y previendo, asimismo, la futura proscripción de la obra de su cronista oficial, López de Gómara. Supuestamente, tras su fallecimiento en 1547, pasó a manos de su hijo y heredero Martín Cortés (1532-1589) quien, años después, la llevó consigo a México. Sin embargo, dado que en aquellos momentos no corrían vientos favorables para el marqués, el texto nunca se publicó. Cuando en 1566 los hermanos Cortés fueron apresados, acusados de rebelión, el manuscrito acabó, no se sabe cómo, en Gua-

temala.¹⁵² Obviamente, esta hipótesis ha sido descartada de manera contundente por los principales especialistas y creo que no es necesario insistir.¹⁵³

Pero está claro que la heroización partió de su propia pluma. El padre Las Casas, tan agudo como siempre, dio en el clavo cuando dijo que el «astuto» metelinense «tiene hasta hoy engañado al mundo» sobre sus verdaderas intenciones, que no eran otras que enriquecerse a costa del esfuerzo y de la sangre de los naturales.¹⁵⁴ Su capacidad de manipulación fue siempre excepcional, lo mismo con los naturales que con sus propios compañeros. López de Gómara relata lo ocurrido en Honduras, cuando descubrió la conspiración de Cuauhtemoc a través de un indígena llamado Mexicalcinco. Los naturales creyeron que el metelinense podía conocer sus pensamientos a través de la brújula que portaba, una idea que el propio interesado les confirmó.¹⁵⁵ Su capacidad para manipular a unos y a otros fue verdaderamente asombrosa.

Los cronistas generalistas como Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y el padre fray Bartolomé de Las Casas no tuvieron un trato directo con él pero sí recibieron informaciones de primera mano que tienen gran interés para reconstruir su biografía. El primero de ellos, Anglería, no lo conoció personalmente, pero se muestra muy bien informado porque, como miembro del Consejo de Indias, entrevistó a cientos de protagonistas, entre ellos a varios miembros de su hueste.¹⁵⁶ Asimismo, dispuso de la segunda y la tercera de sus *Cartas de relación*, a las que siguió de manera fidedigna, plasmando la versión cortesiana de la conquista.¹⁵⁷

Por su parte, Gonzalo Fernández de Oviedo, como cronista oficial, le solicitó información y se limitó a mandarle sus *Cartas de relación*, que incluyó en su obra.¹⁵⁸ En general, aunque no niega su traición a Diego Velázquez, termina asumiendo su versión de los hechos, reflejada en sus epístolas, las cuales siguió casi a pies juntillas. Por ello, termina ratificando su genialidad en el arte de la guerra, superior incluso a héroes como Horacio Cocles o Viriato, a los que cita expresamente.¹⁵⁹ Y por supuesto, el asedio de la ciudad de los lagos fue superior, tanto militarmente como en magnitud, a cualquier otro hecho de la antigüedad, incluida la destrucción de Jerusalén.¹⁶⁰

Y, finalmente, fray Bartolomé de Las Casas muestra una actitud crítica, que no es nada personal, ya que la repite con casi todos los protagonistas de la conquista. Sin embargo, dado que su *Historia de las Indias* no se publicó hasta 1875, su influencia en la historiografía ha sido tardía y escasa.¹⁶¹